



Ediciones A. J. M

“Sic facite,,

Por

Et Esclavito





Ediciones A. J. M.

“Sic facite,,

Resumen de ideas y consejos
a los Rvdos. «Sacerdotes de la Alianza»
en orden a su ministerio
en favor de la «Alianza en Jesús por María»,

por

Et Esclavito



Nihil obstat:
Vitoria, 22 de diciembre de 1945.

El Censor,
Dr. JULIÁN CANTERA,
Canónigo Lectoral.

IMPRIMATUR:
Victoriae, die 24 decembris 1945.
DR. JOSEPH M.^a GOY,
Vicarius Generalis.

Hay un sello que dice:
Obispado de Vitoria.

¡QUE APROVECHE!

Querido Hermano Sacerdote: Una Alianza fraterna nos une en espiritual vínculo de paz, «in visceribus CHRISTI».

Esta Alianza no tiene reglamento para nosotros; pero encierra un modo de vivir y un plan de trabajo especial, dentro de lo que nos impone y nos señala nuestro Sacerdocio.

Su objeto, el de dirigir y hacer el bien dentro de un sector acotado de almas seleccionadas, nos obliga a conocer a fondo: a) la condición, vida y características de estas almas; b) las características de nuestra organización y condiciones personales nuestras en orden a esta labor apostólica; c) las relaciones y diversas situaciones en que la acción y trato con aquellas habrán de colocarnos por fuerza y por deber.

Para un libro de muchas páginas hallaríamos materia en los tres puntos citados; mas no es a los desocupados y sobrados de tiempo a quienes nos dirigimos, sino a los que viven espigando en el campo del Amo puras esencias, para luego darlas inmediatamente a las almas, en las diversas funciones de su ministerio.

Esto nos obliga a resumir cuanto nos sea posible las páginas de este librito que, si no tiene otra mejor, lleva la ventaja de ser un bocadito a mano.

Que a nadie indigeste, que a todos haga bien y ¡buen provecho, Hermanos!

San Sebastián y Octubre de 1945.

EL ESCLAVITO.

CAPÍTULO I

Lo que abarca la Alianza

I. El triunfo de la Pureza

El «triunfo de la pureza» es el primero y principal punto de vista, desde el que hemos considerado siempre nuestra Obra; por esos va aquí a la cabeza de todos los demás.

Veán nuestros Hermanos que la idea de la pureza en la Alianza no es de hoy. En el primer cuaderno, que lleva la fecha del Patrocinio de San José de 1925, decíamos lo siguiente:

«... El gran tropiezo de las almas es la inmunda oleada de torpe sensualidad que amenaza ahogar en el mundo todo brote de espiritualidad verdadera... La deshonestidad es, en estos tiempos, la terrible plaga que descuaja en su misma raíz todo germen de vida pura y sobrenatural...; el mundo, por la sed de viles placeres, ha cavado aljibes de sensualidad y de torpeza...

«A los embates de ese mar de corrupción debemos oponer, como dique potentísimo, una legión de almas *puras* desprendidas del mundo y de sus placeres, que declara guerra sin cuartel a la inmoralidad en espectáculos, 'bailes, vestidos, etc., para consagrarse por entero a Jesucristo... Querernos ofrecer al mundo el espectáculo de almas puras..., no sólo en los claustros, sino paseándose en nuestras calles...»

La idea de la pureza ha estado, pues, siempre en el frontispicio de la Alianza; por eso su primer nombre fue «*Alianza Virgínea*». El cultivo de la pureza angélica, en medio del mundo, iba a ser como el sello, la divisa, la característica de la Obra.

¡Apostolado de la PUREZA! Una organización, que aspira a vivir pureza, perfumar la tierra con sus aromas y predicar sus excelencias y encantos a los cuatro vientos, entre las almas capaces de oír y sentir a fondo esta doctrina.

La impureza, si no es el pecado más grave teológicamente, lo es en sus efectos y en sus consecuencias, que son fatales, y en su número que es aterrador en el mundo.

Es el pecado que más irrita la ira y la justicia de Dios, el que más estragos causa en las almas y mayor número de ellas arrastra al infierno. Un vistazo a la historia, desde el diluvio universal hasta nuestros terribles días, basta para probarnos lo horrible de este pecado; preguntemos al cielo; Dios y los santos nos dirán lo que es este monstruo; preguntemos al infierno, Lucifer (si no nos quiere mentir) y todos los condenados nos dirán los efectos de este pecado; preguntemos al mundo, y también el mundo, en sus momentos de sinceridad, nos dará cuenta de los estragos que este pecado causa en sus esclavos.

La niñez, la pubertad, la juventud, da edad viril y hasta la decrepita vejez experimentan los desastrosos efectos de este inmenso mal...

Y contra este monstruo del infierno nosotros levantamos el estandarte de la pureza y buscamos su triunfo. El «triunfo de la pureza», virtud que de la carne hace espíritu; del hombre, ángel; de las tinieblas, luz; del barro, lirios.

Estudiemos sus elevaciones y vuelos, examinemos sus altos valores, ponderemos sus excelencias, contemplemos sus encantos, comparemos sus bellezas, aspiremos sus aromas y escuchemos sus armonías..., ¿hay algo más incomparable, más encantador, más bello, más arrebatador?

He ahí el campo de la Alianza, he ahí su ambición santa, he ahí la razón principal de su existencia.

En sus tres mil, cuatro mil almas, fuera y dentro del claustro, la Alianza ora, la Alianza trabaja, la Alianza sufre, la Alianza se inmola, la Alianza vive y se mueve, habla y se muestra ejemplar y hace apostolado por el «triunfo de la PUREZA»...

II. Las Vírgenes de la Parroquia

No es de hoy ni de ayer este interesante aspecto, bajo el que consideramos a la Alianza en este segundo lugar. El contraste, palpado con las manos y sentido con el corazón, entre un Sagrario empolvado y abandonado y otro perfectamente cuidado y acompañado, nos arranca siempre este gemido: ¡qué bien está Jesús en un Sagrario rico, aseado y continuamente visitado por un coro de vírgenes!, pero ¡qué mal debe de estar Jesús en un Sagrario roto; descuidado y abandonado...! ¡¡Si todos los Sagrarios tuviesen un coro de vírgenes!! ¡Jesús mío!, ¿por qué no te provees de un coro de vírgenes por cada parroquia, por cada uno de los Sagrarios?

¿Puede la Alianza cubrir esta necesidad?

Mirad una coincidencia providencial. La noche anterior a la fiesta de la Purificación de nuestra Señora, 2 de Febrero de 1925, un grupo de almas perfumadas de angelical pureza, ponían los cimientos de la Alianza en el Camarín de la Virgen del Coro de San Sebastián. La Iglesia comenzaba a celebrar con solemnidad la fiesta de la Presentación de la Virgen con su Niño en el Templo de Jerusalén, a cumplir la ley de la purificación y a ofrecer al Eterno Padre el Hijo de sus entrañas, dándole posesión de aquel primer Templo en el que (y en los que a través de los siglos habían de levantarse) quedaría Él hasta el fin de los tiempos...

Y parece que a las puertas salía a recibirle fervorosa una Alianza de vírgenes, hermanitas de aquella Virgen.

Una Purísima Virgen ofreciendo en el altar de sus brazos virginales al Hijo de sus entrañas, en el primer Templo, en la primera Iglesia del mundo. El primer altar de Jesús, el primer Sagrario, el primer copón son los brazos de una Virgen...

Desde aquel altar, desde aquellos brazos... Jesús mira y piensa en su vida de Sagrario y, a través de los siglos, ve las tristes soledades, los eternos abandonos, las infinitas ingratitudes de las almas y... temblando se arrebujá entre los brazos y el manto de su purísima Madre.

Hace dos mil años que Jesús vive en nuestros templos, y aquella escena se va repitiendo en toda su realidad. Nuestras iglesias, salvadas honrosas excepciones, están frías, y frías de almas que entran y salen por sus puertas. Jesús está allí, vive allí, ofreciéndose a su Padre por nosotros, y pasa desapercibido; el mundo, no le conoce, no le ama. Alguno que otro varón, una casta viuda, una piadosa anciana, son los únicos que le reconocen. ¡Oh! Y Jesús llora..., Jesús tiembla..., Jesús busca en torno suyo a su Madre, busca una *virgencita*.

Las vírgenes están en los claustros; allí Jesús es amado, allí no tiene frío, no sufre abandonos. Pero... esas inmensas Catedrales, esos grandes templos parroquiales, esas iglesitas de pueblo están frías, vacías, cerradas casi todo el día... Faltan las vírgenes de la Parroquia.

¡Jesús Cordero, que se apacienta entre lirios de pureza, vese obligado a vivir en muchas parroquias entre punzantes espinas! ¿No habrá, entre tantas espinas, unos lirios blancos y fragantes? ¿Siquiera una virgencita por cada Sagrario, por cada Hostia abandonada?...

¿Será ésta una de las grandes misiones de la Alianza?

En torno del Sagrario Parroquial un coro de vírgenes, como en su coro están acompañando a su divino Esposo las vírgenes del claustro.

El día en que una Virgen presentaba en el Templo para nosotros a Jesús, las vírgenes de la Alianza se presentaron a su lado, para recogerlo en sus brazos, en sus corazones virginales.

III. Vírgenes—Consagradas—Seglares

En los puntos precedentes queda suficientemente indicado que el carácter específico de la Alianza es el cultivo y el triunfo de la castidad virginal, y que las almas amantes de esta virtud son las que integran toda esta Obra.

Mas a esta condición de castas doncellas, va unido otro nuevo carácter, que es el de la CONSAGRACIÓN a Dios.

Existen almas puras y delicadas, amantes de esta virtud, sin previo compromiso ni con Dios ni con los hombres, sino libremente y por amor a la virtud o a esta condición de vida.

No es así la Alianza. Las vírgenes de la Alianza son almas *consagradas* a Dios, en todo el sentido propio y riguroso de la palabra.

Desde el período del aspirantado, ellas tienden y se preparan a esta consagración y entrega completa a Dios. La aliada es para Dios y lo es *toda y exclusivamente* para Dios. El ideal de la hermanita es enteramente igual y el Mismo que el de una religiosa: ser de Jesús; *totalmente* de Jesús y *exclusivamente* de Jesús, previa la renuncia completa a todos los amores del mundo. Al consagrarse a Jesús, renuncian a todo lo demás, sin divisiones ni particiones por su parte. ¡Un sólo amado y todo para Él!

La Alianza y cada una de las hermanitas son *indivisibles*, se dan del todo, totalmente, o no se dan nada; se dan con generosa entrega, con perfecta entrega, con absoluta entrega...

Para irradiar a Cristo sobre todas las almas, hasta el fin del mundo, quiere la Alianza vivir, en medio del mundo, consagrada y entregada a Cristo Jesús.

Por eso es obra seglar, obra que no sale del mundo, que vive en medio del mundo, dentro de esa sociedad que no siente a Dios, ni le conoce, ni le ama, en la que es preciso introducir a Cristo para que lo conozca y lo ame.

Almas consagradas, entregadas, dedicadas exclusivamente a Dios; irradiación perfecta de Cristo, por Medio de ellas, sobre la sociedad distraída y alejada de Dios; he ahí la Alianza.

IV. Aspirando a la perfección

Nunca hemos podido comprender por qué la perfección cristiana ha de ser patrimonio exclusivo de los claustros.

Muchos predicadores y directores espirituales tienen esta fórmula simplista: religiosa o casada; religiosa, alma que aspira a la perfección; y la que no sienta estos generosos arrestos, casada. Alma que se retira del mundo, de sus diversiones, espectáculos, modas, y se da a la piedad, sacramentos, intimidad del Sagrario, etc., candidata de *monja*; en cambio, almas derramadas y distraídas en las cosas del mundo, destacadas en la .sociedad, más que en la soledad del templo...; esas no son llamadas a la perfección, son buenas para el matrimonio.

Este concepto del ascetismo cristiano nos parece enteramente equivocado y erróneo. Ni todas las almas recogidas y espirituales son llamadas al claustro, ni sólo las distraídas y mundanas son llamadas

al matrimonio...

La Alianza es una agrupación de almas muy recogidas, muy espirituales, apartadas del mundo y dadas totalmente a Dios, y con todo, esas almas no piensan en el claustro y mucho menos en el matrimonio. La Alianza enseña y marca el camino de la perfección seglar, en medio del mundo, a aquellas vírgenes que quieren ser vírgenes consagradas a Dios en medio del mundo, y aspiran eficazmente a la perfección con los mismos anhelos que :una religiosa.

La perfección seglar, la santidad en medio del mundo, no en todos los estados y edades de la vida, sino entre una selecta juventud femenina.

Noble .y decididamente la Alianza aspira a la perfección, y esta aspiración es condición esencial .para todas las que quieran pertenecer a la Obra. Lo cual ya hoy no es un sueño; la Alianza ¡alabado sea Dios! tiene un haber consolador, en la corta historia de sus veinte años...

A nosotros toca probar, con hechos y ejemplares vivientes, la posibilidad de esta perfección en medio del mundo; que la virginidad seglar puede producir y de hecho produce flores quizás tan bellas y frutos tal vez tan sabrosos como la 'virginidad claustral. De suerte que el divino Esposo, de quien son la tierra y los claustros, se recree 'tanto en toda ella, como en aquéllos.

V. Perfección seglar

Es continuación del punto anterior; pero nos parece mejor tratarlo en punto separado para su mayor claridad.

La perfección es obligatoria en la Alianza, como punto esencial de su definición; mas esta obligatoriedad no convierte a la Alianza en

una institución religiosa o semi-religiosa. La perfección de que se trata aquí es perfección enteramente *seglar*. El carácter espiritual o cristiano de la Alianza es simplemente aquel con el que se caracterizó el ascetismo de los primeros siglos del cristianismo.

En la «Revista de Espiritualidad» dice el Padre Claudio de J. Crucificado, que «la virginidad fue durante muchos años, junto con la pobreza, la única práctica de los ascetas, el punto central a que se refieren todos los otros elementos del ascetismo cristiano y al que, en cierto sentido, deben su existencia.

«En el siglo segundo la práctica y teoría de la virginidad quedó embebida en la vida cristiana; y sin *formar grupo aparte de los demás cristianos*, sus profesores eran especialmente atendidos y considerados, viniendo a ser como un «estado de perfección dentro de la Iglesia».

La Alianza vive aquel ascetismo, sobre los mismos fundamentos de virginidad, sacrificio y amor a Cristo. que entre en la populosa ciudad, en la silenciosa aldea y en el solitario cortijo. Santas maestras, santas obreras, santas criadas, santas pastoras, santas ricas y santas pobres, santas aristócratas y santas plebeyas.

Aquel ascetismo dió al Cielo y a la Iglesia gloriosa ejemplares de santidad, como las heroicas Inés, Cecilias, Priscas, Bárbaras, Eulalias; etc... Y en esa santidad ha puesto su ideal la Alianza en el siglo XX.

La santidad eminentemente popular, sin distingos; la santidad llana, sin atavíos que deslumbren y desalienten; santidad que destierra toda idea equivocada de exclusivismos y monopolios; santidad que entre fácilmente en el hogar, en la fábrica, en el taller y en la oficina; que entre en la populosa ciudad, en la silenciosa aldea y en el solitario cortijo. Santas maestras, santas obreras, santas criadas, santas pastoras, santas ricas y santas pobres, santas aristocráticas y

santas plebeyas.

VI. Escuela de Sacrificio

El triple lema de la Alianza, no es un manto tricolor, que sólo sirve para decorarla y embellecerla. Al contrario, contiene tres realidades fundamentales, que en la Obra se viven intensamente. El blasón de nuestro escudo tiene su blanco de *pureza*, su rojo de *amor* y su morado de *sacrificio*; y estas tres virtudes son la quinta esencia de la Alianza, sin la cual no se la concibe íntegra y perfecta.

Por el triunfo de la pureza son todos nuestros afanes, más el lema supremo y cumbre de todas las aspiraciones en la Obra es el amor. Pero esta pureza y este amor no son legítimos, ni los admite Dios, si no están purificados y acrisolados en el horno del *SACRIFICIO*. Sin sacrificio en la Alianza no hay pureza, ni amor; el sacrificio es medio necesario para la pureza, y la pureza y el sacrificio son medios indispensables para el verdadero amor; y, siendo la Alianza escuela de pureza y de amor, necesariamente debe ser también escuela de sacrificio.

Y cabalmente, este es el punto fuerte, serio y difícil de la Alianza. La Alianza tendría muchas vocaciones para sus filas, si en ella no destacara tanto el lema de «mártir en el sacrificio».

No nos duele que sean menos; lo que nos interesa es que sean hermanitas legítimas, para lo cual es preciso aceptar el lema completo, como que ésta es la nota más grave por la que se distingue de otras Obras.

Quien quiera probar la Alianza, tiene que comenzar sacrificándose; el primer paso hacia la pureza es por el camino del vencimiento; halagos de la carne, regalos de los sentidos, atractivos

del mundo, lisonjas de la serpiente, curiosidad de los ojos, ligereza de la lengua...

Cuesta arriba se va a la cumbre y en la cumbre está el triunfo del verdadero amor, que es la meta de la Alianza. Por eso, con un solemne FIAT entra la hermanita en el primer grado de la Obra, y con él consume su vida en el último grado de ella.

En el método de la vida piadosa de muchas almas comodonas no caben estas *crueldades* del cotidiano sacrificio; en cambio, sin ellas la Alianza no cumple su fin: Como que la primera lección que se aprende en la escuela de la Alianza es la del sacrificio.

VII. El Evangelio vivido

No es lo mismo leer con emoción el Evangelio, que *vivirlo* profundamente.

Hay hoy, muchas almas piadosas, que leen con sumo gusto el santo Evangelio y saben de memoria sus más interesantes pasajes, pero cuya vida en privado y en público no se ajusta a las máximas divinas del Evangelio.

El mundo no cree sea posible la aplicación de la doctrina evangélica íntegra a la vida moderna. A lo más la podrán vivir las enlutadas viudas y las aburridas de la sociedad; mas a la juventud, que sueña en los regalos y grandezas de su persona; es casi una ofensa invitarla a entrar por la estrecha senda, que en el Evangelio nos ha marcado el divino Maestro a todos sus seguidores. ¡Oh!, dicen ellas, el Evangelio es cosa subirme y muy alta; ¿quién lo vive? Es para los perfectos, para grandes y privilegiadas vocaciones, para los santos; y éstos son los menos.

La Alianza no opina así; la Alianza ha puesto todo el fundamento de su vida en el Evangelio. El código de la Alianza es el

Evangelio *íntegro*, vivido desde la primera página hasta la última, sin quitar ni jota ni tilde. Su Reglamento, 'sus boletines y todos sus libros tienen por base el Evangelio entero y completo.

Toda hermanita vive el Evangelio bajo estos tres aspectos: Jesucristo amado, el mundo aborrecido, la santidad buscada con afán.

a) JESUCRISTO es el ideal cumbre de la aliada; su excelsa figura, \modelo de vida, la encuentra en el Evangelio con rasgos perfectamente imitables, No quiere otro Jesús que el auténtico, el que se le ofrece tal como es y como fué, a través de las páginas del Evangelio.

Y «no pensemos que sea una presunción --dice Marmión— querer realizar un ideal tan sublime, no; es el deseo mismo de Dios, es su pensamiento eterno sobre nosotros».

Y el Evangelio, desde la Encarnación y Belén hasta el sepulcro, y la Ascensión gloriosa, va desmenuzándonos. todos los rasgos de Jesús; en forma enteramente asequible a la condición humana, para que nosotros, copiándolos y asimilándolos, lleguemos a ser un fiel trasunto del mismo Jesús.

b) El MUNDO, manifiesto contraste y oposición, es el gran enemigo de la Alianza. Sus rasgos; porque también el inundo tiene sus rasgos característicos, forman el arquetipo diametralmente opuesto y contrario a Jesucristo. Las máximas del mundo, su doctrina, sus costumbres, sus obras y su vida toda se desarrollan en un plano enteramente contrario a Cristo.

No hallamos página en el Evangelio en donde, o viviendo o enseñando, Cristo no nos dé alguna lección contra el mundo. Nada se encuentra, tan manifiesto y claro en sus páginas, como esta oposición y divergencia entre los caminos de Jesús y los caminos del mundo:

El resumen de la vida y enseñanzas de Cristo, contra el mundo, podrían ser aquellas sus divinas palabras:

«Si el mundo os odia, sabed que antes me ha odiado a Mí; pero confiad. *Yo he vencido al mundo*».

La perfecta aliada, como perfecta. cristiana, siente con Cristo y como Cristo de sus relaciones con el mundo; lo mismo que pueden sentir con El cualesquiera otras almas, sin ser precisamente aliadas. Por eso, la Alianza ha roto con el mundo y vive de espaldas a él; y en esto cabalmente se, distingue de aquellas almas que viven el Evangelio mutilado, suprimiendo lo que [estorba a sus planes mundanos.

c) La SANTIDAD. El Evangelio es la santidad vivida, porque el Evangelio es Cristo viviendo, y Cristo es la santidad viviente. El ideal magnífico de santidad es, pues, Jesucristo a través del Evangelio.

La santidad infinita de Dios se nos da, como con cuenta-gotas, a través de la Sacratísima Humanidad de Jesús, que se ha revelado viviente en el Evangelio. Así como una alta tensión de fluido eléctrico *se baja* por medio de un transformador, para las múltiples aplicaciones de la vida; así la altísima tensión divina, a través de la Humanidad de Jesucristo, *se baja* también al alcance de todos los cristianos. El gran transformador es la Humanidad de Jesucristo, cuya vida, vivida a la altura del hombre y no más, es el Evangelio.

La Alianza, vida de perfección seglar, ha querido simplificar, en cuanto cabe, esta vida, suprimiendo las matemáticas y las excesivas complicaciones y sistemas que ahogan, con asfixia espiritual, a las almas de corta estatura.

La sencillez evangélica, el Evangelio íntegro y total, no mutilado, el Evangelio *vivido* intensamente, es la Alianza en Jesús por María.

VIII. Levadura dentro de la masa cristiana

La levadura, que significa levantar, es un trozo de masa de harina bien fermentada, el cual, mezclado con otra masa mayor, la transforma y la levanta. Es gráfica esta expresión de San Pablo: «Un poco de levadura aceda o fermenta toda la masa» (I, Cor. V, 6).

Cristo es la primera levadura que ha transformado la masa 'del género humano. Lo fueron los apóstoles, los cuales levantaron el mundo entero y lo fermentaron con el vigor del Evangelio, que infundieron en la masa muerta de la gentilidad.

«Servatis servandis», también la Alianza quiere ser vigorosa levadura evangélica y cristiana. La masa del cristianismo, donde no faltan sacos de rica harina, necesita un poderoso fermento, para que se levante y viva su vida, que es la de Cristo.

La Alianza nunca ha pretendido ser toda una gran «masa», sino pequeño y reducido trozo de *levadura* que se desmenuce y extienda en la masa. Un trocito de ella caerá en la masa de un taller, hasta, que lo fermente; otro caerá en una escuela y fermentará también aquella tierna flor de harina; otra en una oficina, en una fábrica, en el campo, en la calle, en el hogar..., «donec fermentatum est totum».

A eso aspira la Obra; y los sacerdotes de la Alianza deben aspirar a infundir en estas a mas todo aquel vigor sobrenatural que poseía Jesucristo y sus apóstoles, capaz de levantar a todo lo que se ponga en contacto con él y reciba el influjo de su vida interior.

Hagamos; a este fin, que abunde en ellas la gracia divina, el don de Dios, el espíritu de Jesucristo, la vida evangélica, el amor eucarístico y la pureza de ángel, y que éste fermento adquiera la plenitud de su vigor y fuerza sobrenatural...

Hay mucha masa de cristianos, a la que no llega la eficacia de este fermento. De eso se lamentaba San Juan Crisóstomo, cuando.

decía: «Si doce hombres fermentaron casi toda la harina del mundo, pensad diligentemente cuánta debe de ser nuestra flojedad y maldad que, siendo ya innumerables, no podamos convertir el resto de las gentes, debiendo perfectamente fermentar a mil mundos».

Tal vez la razón está en esta gráfica expresión de San Bonifacio, que hoy --con todos los respetos debidos al Santo—, no suscribiríamos en toda su crudeza: «Olim sacerdotes aurei celebrabant in vasis ligneis; nunc sacerdote lignei celebrant in vasis aureis».

Esto prueba la necesidad de una levadura activa y eficaz para levantar esta gran masa cristiana, muerta e inerte...

La Alianza quiere ser levadura; es más, Alianza va a crear con su influencia *fermentos* vitales, para infundir vida a la masa, hasta que esta masa goce de la misma vida que el fermento.

Levadura de *pureza*, para que, aplicada a la masa, la haga pura, la convierta en pureza; levadura de *amor* sobrenatural, para que a su contacto toda la masa fría y muerta se levante y se encienda; levadura de *piedad*, de *caridad*, de *fé*; fermentos eucarísticos, evangélicos; fermentos de *perfección*, de *espiritualidad*...

¡Oh, si en cada *masa*: asociaciones, congregaciones, escuelas, catecismos... pusiéramos unos gramos, no más, de esta poderosa levadura!...

Pero atended a estas palabras: «Satis tribus»; tres sats, celemines o medidas; es decir, que debe existir proporción, entre la cantidad de la levadura y la cantidad de la harina; de suerte que, por exceso de ésta, la masa no quede suficientemente fermentada.

La Alianza tiene su límite de vigor y potencia; si la introducimos en una cantidad excesiva de harina, ésta no se levantará. No nos mueva el afán de llevar la Alianza por todos los campos no fermentados, sin medida ni límite, porque

perjudicaríamos lastimosamente a la Obra y. no se conseguiría dar vida al mundo.

«Satis tribus», a la medida, y no más...

IX. Apostolado viviente

La objeción más fuerte y quizás la más común, entre las mil que se ofrecen contra la Alianza es ésta: «La Alianza no tiene apostolado, es obra inútil para nuestros tiempos, está llamada a desaparecer».

Y nosotros, contra esta objeción, vamos a estampar esta otra rotunda afirmación: «La Alianza, no solamente tiene su apostolado, sino que fundamentalmente es *un apostolado*».

Jamás, en los veinte años que lleva de vida, la Alianza ha renunciado a su carácter activo, apostólico y misional. Si la Alianza no tuviese apostolado, la Alianza moriría de asfixia.

Ahora bien, nosotros entendemos por apostolado «el desbordamiento y expansión del verdadero amor», y, siendo la Alianza, en su fin supremo, el «triumfo del amor», la Alianza no puede de manera alguna prescindir de su apostolado. Y para que éste sea eficaz y fructífero, y no sólo de apariencia y ficción, vamos con todos nuestros afanes a la consecución en la Obra de un amor perfecto y sobrenatural.

No es tanto el apostolado en sí el que nos preocupa; nos preocupa y nos interesa, inmensamente más el abrasar a estas almas en la hoguera del verdadero amor, ya que el amor nunca puede estar ocioso.

En crear almas amantes, en fomentar el amor, en mantenerlo vivo, ardiente y abrasador en las almas puras y dadas a Dios está

nuestro máximo esfuerzo en la Alianza. Logrado esto, tendremos torrentes de amor ¡un amor a torrentes! ése, ése es el apostolado que se convierte en prodigios de conquista para Dios, para la Iglesia y para la misma Alianza.

No nos interesa la elocuencia, de los labios, en la mujer es mucho más elocuente y arrebatador el corazón, cuando éste está poseído y saturado del amor de Dios; la elocuencia florida y armoniosa de los labios, a lo sumo, convence; pero la elocuencia de un corazón, puesto en vivas llamas, abrasa y arrastra.

Nosotros, sobre todos los demás métodos, buscamos un apostolado convertido en amor, hecho vida, apostolado vivido y viviente.

El apóstol que no convierte en *vida propia* aquello que practica, a lo más *dice y enseña*; mas el que lo vive, lo asimila y hace sustancia propia, ese *da* doctrina, se *da* a si y a Dios en la doctrina y en sí.

El viajante no se contenta con dejarnos la tarjeta y el anuncio; trata de meternos por los ojos todo el muestrario que lleva a cuestas. ¡Oh, si cada apóstol fuera una *muestra viviente* de aquello que pregona o predica...!

La hermanita debe hablar poco. Los viajantes charlatanes nos cansan y pronto los ponemos en la calle. La hermanita debe ser siempre una *muestra viviente* en todas partes a donde su oficio la lleva: en la fábrica es *muestra* (modelo) de una obrera ejemplar y cristiana; tras el teclado de una Underwood es modelo de una oficinista edificante; lo es sobre el mostrador de un comercio, lo es en la escuela, a la cabecera de un enfermo, en la cocina y en el campo.

«Aprended de Mí», dijo un día Jesús. No dijo: Aprended mi doctrina, la humildad, la obediencia, la mansedumbre que Yo he

enseñado; sino «aprended de Mí», y en Mí, convertida en vida, aprended la humildad...

Así debe ser la hermanita; la virtud encarnada, vivida, hecha sensible y visible, para que en ella se vea, se aprenda y se viva la virtud.

X. El triunfo del Amor

Lo que decimos de la pureza, podemos también decir del amor. La pureza, con ser la más bella y encantadora de las virtudes, la preferida de Dios, de la Virgen y de los Santos, está desterrada del mundo. En las soledades de los claustros se ven sus ejemplares y se perciben sus ricos aromas; el mundo es basurero hediondo.

Digamos otro tanto del amor. El gran precepto de Dios, el que resume todos los demás y a todos da vida y valor, es el amor de Dios, y en el mundo no existe amor de Dios. El hombre no ama a Dios, ama a las criaturas, se ama a sí. Dios llama a nuestra puerta, y a todos abrimos menos a Dios; Dios es el único huésped impertinente, para quien no hay lugar en nuestra casa.

El mundo es de Dios y todo el mundo debe amor a su Dios, y sólo en un rincón retirado del Convento y junto a la soledad de un Sagrario se da amor a Dios; la tierra está solitaria, árida y desierta de amor.

La Alianza es una legión de almas amantes de Cristo Jesús: el amor es su fin supremo, al que se ordenan todos los demás; el amor de la hermanita es el amor de *una virgen consagrada*; amor puro, íntegro, sin mezclas, fiel, de verdadera esposa.

Pero este amor no se debe esconder en el claustro; este amor debe brillar en medio del mundo; la hermanita no se esconde, para

amar, no se retira, no huye; ama donde está, en medio del mundo; ama cabalmente ahí donde no se ama, ni se conoce el amor de Dios.

Es lo interesante y lo simpático de la Alianza: ¡miles de almas que salen por el mundo a reparar las frialdades e ingratitudes del mundo, derramando amor! Desde hoy, entre las máquinas de una fábrica se ama a Jesús con amor angelical; se le ama en los talleres, se le ama en las oficinas, en las escuelas, en la calle y en el campo.

Si triunfa la Alianza, triunfará el amor y Dios será amado en todas partes con el amor más fino, delicado y abrasado; amor divino. ¡Ojalá!...

CAPITULO II

Misión Sacerdotal en pro de la Alianza

I. Lo que es y lo que debe ser

Sirvan de portada unas palabras que se atribuyen a San Bernardo: ¡Quantam dignitatem contulit vobis Deus! ¡Quanta est praerogativa ordinis vestri! Praetulit vos Deus regibus et imperatoribus; praetulit vestrum ordinem omnibus ordinibus, inmo, ut altius loquar, praetulit vos angelis et archangelis, thronis et dominationibus: Sicut enim non angelos, sed semen Abrahae apprehendit ad faciendam redemptionem, sic, non angelis, sed hominibus, solisque sacerdotibus, corporis et sanguinis, sui commisit consecrationem».

Por eso, el sacerdocio, según San Ignacio mártir, es el punto culminante; de todas las grandezas creadas, *omnium apex*.

Y, si el Señor nos ha dado ésta tan grande dignidad, ¡cuál será la santidad que nos quiere dar, si nosotros no ponemos óbice a sus amorosos designios, con nuestras culpables infidelidades!

Somos sacerdotes; nuestra vocación es la gracia más sublime con que el Señor nos ha distinguido libre y generosamente. Y el sacerdote, dice Santo Tomás, equivale a estar divinamente colocado entre Dios y los hombres para la reconciliación del cielo con la tierra, en cuanto el sacerdote da al pueblo los bienes divinos.

Y para que nuestra vida esté en armonía y a la altura que tal oficio reclama, el sacerdote recibe, juntamente con el carácter, la gracia sacramental, la cual, según Santo Tomás y muchos otros teólogos, no se limita a auxiliarnos con socorros transitorios, sino que consiste en algo estable que penetra en el alma. Es una forma y un

vigor espirituales que toman en el sacerdote, por la ordenación, la gracia santificante, las virtudes divinas y los dones del Espíritu Santo. Es, en resumen, una especie de *divinización del sacerdote*. (Cf. Sauv . El A. D.).

Lo dicho nos da una idea clara del esfuerzo que debe hacer el sacerdote para ser un gran santo.

Un hombre elegido por especialísima vocación, sublimado a la dignidad más excelsa, sealado y sellado con carácter divino, revestido de gracias especiales y *divinizado* por la gracia del sacramento..., debe sin descanso trabajar por ser santo.

Es voluntad de Dios que seamos santos: «Haec est voluntas Dei...» La Iglesia nos manda que seamos santos, porque lo es ella y lo son las cosas que tratamos; hasta el mundo mismo, las almas que asistarnos y dirigimos nos quieren santos y perfectos en todo.

«Vosotros habéis sido llamados primero *para ser*, después para *enseñar*. Debéis pues santificaros vosotros mismos en la verdad» (Sulamitis).

II. Sacerdote apóstol

Pero el sacerdote no es preferentemente sacerdote sino para las almas; somos los que tenemos la altísima misión de *dar* a las almas el *don sagrado*. Nuestro carácter, nuestra lea-riera, nuestra dignidad, nuestra vocación, nuestros poderes, nuestros ministerios, nuestra vida y hasta nuestra 'santidad son para beneficio de las almas. «Pro hominibus constituitur... ut offerat dona et sacrificia» (Hbr. V. 1).

No podemos cumplir nuestro oficio y ministerio de sacerdote, si no nos damos a las almas, o a Dios por las almas. Es ésta la única manera de entender y de practicar a la letra aquella magnífica frase de San Pablo: «Ego autem libentissime impendam, et superimpendar

ipse pro animabus vestris: Hetet plus vos diligens, minus diligar» (II, Cor XII, 5)

Somos apóstoles, instruidos y formados en la escuela de Cristo Jesús por las almas, lo mismo que lo fueron los primeros discípulos del Divino Maestro. Ya no nos es permitido ir al cielo solos; hemos .de ir acompañados de nuestros trofeos y de nuestras conquistas. Nuestra corona serán las almas.

Y notadlo bien; nuestro apostolado en las almas es tanto más intenso y más profundo cuanto más intensa y profunda es nuestra vida de sacerdote.

Se habla mucho de programas *mínimos* y *máximos*. Los partidarios de los mínimos hallan grandes dificultades para emprender un máximo; los otros en cambio, en un programa mínimo se *pierden*, como una gota de esencia dejada caer en la superficie del mar.

Lo cierto es ---exceptuando los casos en que es conveniente y hasta necesario adoptar concretamente uno de estos programas— que los sacerdotes que *viven para sí* un programa mínimo de sacerdote, adoptan este mismo para las almas que la ellos se encomiendan; y en cambio, los que viven *para sí* un programa *máximo de sacerdote*, no hallan dificultad alguna para aplicarlo a las almas, por lo menos a aquellas que, después de un prudente ensayo en la vida espiritual, creen capaces de emprender ese camino.

¿Qué hay almas vulgares, a quienes por el momento sea imposible proponer un programa máximo? Es tristemente cierto, como también lo es que esta sea la generalidad y turba-magna entre las llamadas *piadosas*. Pero no lo es menos que existen almas, y no pocas, que viven estancadas en una vida vulgar y rutinaria, porque *nadie las ha convidado a poner sus ojos en la posibilidad de un bello*

ideal. ¡Qué energías latentes hay en las almas! ¡Si atináramos con el resorte adecuado y propio para ponerlas en movimiento!

Sabemos que los «Sacerdotes de la Alianza» han abrazado para sí un programa MÁXIMO de vida sacerdotal, y la prueba es, que, si no fuera así, no les interesaría gran cosa esta Obra, puesto que es MÁXIMO el programa que la Alianza adoptó, desde su fundación, para todas sus asociadas.

Programa máximo para los Directores y para las dirigidas, programa máximo para ellas y para nosotros. A vivirlo nosotros y a infundirlo en ellas. Programa promulgado por el Maestro en el sermón de la montaña, y predicado por San Pablo a todos los cristianos. Programa «Evangelio vivido», programa «Cristo vivido» por todos.

«Duc in altum—dice el venerable canónigo Timón David—. Tened desde un principio la noble ambición de conseguir a toda costa el que cierto número de almas tomen la resolución enérgica de vivir como cristianos fervorosos... No es precisamente el número crecido lo que se ha de buscar; basta que los elementos reclutados sean gente escogida... Si acertáis a poner, como base de vuestra asociación, una vida cristiana, fervorosa, integral y apostólica..., conoceréis cómo, el mucho ruido hace poco bien y el bien hace poco ruido... De esta manera, en vez de falsas mezclas, obtendréis oro puro».

III. Amor y celo

Hemos dicho arriba, que no asusta un programa máximo, a quien sabe generosamente aplicarlo a sí mismo en orden a su propia santificación; quien *vive* un programa máximo, fácilmente lo aplica a los demás.

Otro tanto digamos del *celo*. El celo de las almas depende del celo que tengamos por la propia. Quien ama a su propia alma lo pone por las de sus prójimos.

El apostolado es hoy el tema de casi todas las conferencias y disertaciones, tanto escritas como habladas. Ahora que el mundo se agita en torrentes de angustia, de dolor y de agonía; el celo por las almas nos urge, nos enciende, nos empuja poderosamente. ¡Magnífico es y altamente consolador el movimiento de la Acción Católica en sus cuatro ramas! Mas, no perdamos de vista que el celo de las almas está en proporción directa con el celo por la propia santificación. Todo apóstol, primero y ante todo, lo es y debe serlo siempre de su propia alma. Entre muchas almas que Dios pone a su cuidado., la primera, la preferida entre todas, debe ser la suya propia.

Nuestra alma, nuestra santidad es lo más nuestro, lo más propio. Amemos nuestra alma y amaremos las demás. Un alma santa hace almas -fervorosas; un alma fervorosa hace almas buenas; un alma simplemente buena hace almas medianas; un alma mediana... ¡ay! no hace nada bueno, y ¡ojalá no haga nada malo!

El celo y el amor van juntos, porque aquel es fruto de éste; el celo es desbordamiento del amor; un corazón desbordante de amor convertido en celo.

El «Sacerdote de la Alianza» ama su alma para Dios y para la santidad, y tiene celo por ella, y lo muestra en las obras...

Y, proporcionalmente, ama y tiene celo por la Alianza en Jesús por María. «Para trabajar con celo —decía un día uno de nuestros Directores en una reunión de sacerdotes— y sacrificarse por una obra o empresa; es preciso amarla con locura, porque quien la ama con locura, hace locuras por ella».

La Alianza necesita, no diremos un gran ejército de sacerdotes,

pero sí un núcleo selecto de sacerdotes *enamorado*s y casi *apasionado*s de ella.

En la Alianza poco pueden los motivos puramente humanos, que en empresas humanas tienen su fuerza y poder. En la Alianza hace falta amor y amor loco; aquí su vistoso y atractivo desaparece completamente; los éxitos no se pregonan ni se cotizan en el mercado público; su apostolado es oscuro, sin brillo y casi siempre, con un velo de disimulo hay que ocultar muchos sudores y costosos sacrificios.

El amor es el único móvil de nuestro celo por la Alianza y, si este no es inerte, todo fracasa; es que la oposición del mundo que tenemos a la espalda y la persecución del enemigo, disfrazado o sin disfraz, es muy molesta. Ahora es la sonrisita de un compañero, luego el chiste intencionado de otro, cuando no la objeción abierta de un tercero, y la crítica de esa *buena sociedad*, que nos cuelga sin escrúpulo, ya a nosotros directamente, ya a las hermanitas, una larga letanía de piropos..., porque ellas son: holgazanas, comodonas, parásitas de la sociedad, rancias, ñoñas, excéntricas, exclusivistas, orgullosas, beatas, medio-monjas, misteriosas, exageradas, más papistas que el Papa...

Y nosotros, al frente de ese *miserable rebaño*, ¿qué gloria nos podremos prometer?

Sólo una chifladura de amor, o un amor rayano en verdadera chifladura, puede lanzarnos a esta empresa; sólo amando con locura se puede ser «Sacerdote de la Alianza». No hay otro resorte; amarla, amarla con pasión, y que ese amor se desborde en torrentes dé celo por ella...

IV. Pero... ¿quiénes son ELLOS?

No se trata de ninguna nueva asociación. Asociados están los «Sacerdotes de la Alianza» en su respectivo estado, y viven su vida (regular o secular) santa y encaminada a mayor santidad, sin que sea, necesario encerrarlos en el marco de nuevos y más estrechos planes.

No obstante, los «Sacerdotes de la Alianza», sin formar propiamente una asociación, participan de las ventajas de las más fervorosas existentes, por la razón especial de que entre ellos figuran hombres espirituales, selectos, del clero secular y regular, pudiendo de esta suerte participar, sin fronteras ni exclusivismos, de todo lo bueno, elevado y santo, que dentro del estado sacerdotal se viene practicando.

Así como el *Santoral*, en su inmensa variedad, nos ofrece distribuidos los más variados grados y formas de santidad, de los cuales la Iglesia quiere se aprovechen las almas, leerlos y meditarlos; de la misma manera, en esta otra variedad de ejemplares de santidad o de aspirantes a ella, hemos de copiar de los más aventajados o de los más asequibles, que conviven con nosotros, los rasgos y, características que nos cuadren en nuestra vida sacerdotal común.

Por eso cabalmente el «Sacerdote de la Alianza» no excluye a ninguno que sea sacerdote; todos los que aman, la Alianza forman su «foedus pusillum» y se ligan con los fines específicos de la Obra.

Puesta la mira en los fines de la Alianza, llamamos a todos los sacerdotes que libre y generosamente quieran colaborar en ella, y, como no hay sacerdote, ni regular ni secular; que no pueda aportar su granito a esta empresa, nadie, que quiera hacerlo, queda excluido.

El párroco y el coadjutor con sus feligreses, el capellán en su colegio, el canónigo en actúe en nosotros un completo desasimiento de todo interés personal, de todo amor propio, de todo egoísmo,

mediante una generosa entrega de toda nuestra persona y de cuanto poseemos de talento, doctrina, criterio, virtud, influencia, oración y sacrificio, con un cielo, puro y ardiente por las almas que nos esperan.

Vivir unidos, es lo primero y fundamental que pretendemos entre los «Sacerdotes de la Alianza». En la Obra de la Alianza vemos otra alianza, otra unión entre los sacerdotes consagrados a ella con el más elevado espíritu de fraternidad, sin distinción ni de colores ni de hábitos, sacrificando opiniones, pareceres, criterios personales, etc.

Y no poca fuerza da a esta unión la misma Obra de la Alianza que nos ha llamado. Ahí nos encontrarnos muchos que no nos conocíamos; la Obra nos atrae, porque nos interesa, nos entusiasma, vemos en ella un gran bien, y una especial gloria de Dios, y lo mismo que nos atrae la Obra, nos atraen todos aquellos que aman y sienten simpatías por la Obra; es decir, que la Alianza, no sólo tiene algo especial para las que forman, sino también para los que en ella trabajamos.

Un ideal nos atrae, nos congrega y nos une y, porque amamos todos ese ideal, nos amamos mutuamente con lazos de una fraternidad espiritual íntima. El «triunfo de la pureza» en medio de un mundo corrompido, que nos arrastra hacia un nuevo paganismo, el llamamiento a la vida cristiana y evangélica, la cátedra santa o en el confesonario, el religioso en sus misiones y ejercicios, el profesor en su cátedra, el que no tiene cargos en su labor de apostolado, etc., todos, todos son llamados a trabajar en la mies, que es abundante en todas partes.

V. Perfectamente unidos...

Un punto esencial entre los «Sacerdotes de la Alianza» les la *unión*, unión sacerdotal en aquello que tenemos de *sacerdote*; en Cristo Sumo Sacerdote nos unimos todos, ya regulares, ya seculares, en orden a nuestra santificación y en el apostolado de la obra a la que nos llama.

El «homo Dei» de San Pablo nos une íntimamente a todos los ungidos y sellados con el carácter sacramental, que es el mismo en todos.

A todos se dirige el Maestro divino con el «Eunte docete... Ite et vos in vinearn meare... Quodcunque ligaveritis...» Todos somos siervos de Él; predicamos un mismo Evangelio, y un mismo Credo, una misma fé, unos mismos sacramentos, etc.

Somos UNO fundamentalmente, y en esa unión hemos de cimentar toda nuestra acción por las almas selectas. Formemos una gran fraternidad entre todos los sacerdotes de la Alianza, mediante una franca, generosa y desinteresada donación de todos nuestros valores en beneficio de los demás; de suerte que con toda perfección practicada y vivida, son ideales que a todos nos entusiasman y enamoran, y en su acción apostólica nos encontramos todos, nos unimos y nos amamos.

¿Será eso una vocación, un llamamiento de arriba? Fué Dios quien llamó este guiñapo a poner los cimientos de esta Obra, —de eso estamos convencidos—. ¿Será Dios ahora el que viene llamando a nuevos operarios a cultivar esta viña que plantó su diestra divina? Y, si es así ¿cómo no unimos todos?...

Todos UNO para UNA empresa de la gloria de Dios.

VI. Viven el espíritu de la Obra

El espíritu de la Alianza es su lema; el alma de la Alianza es su vida interior íntima y, si esta vida tiene algo de común con otras obras similares, por su franca espiritualidad y pleno sobrenaturalismo..., tiene también algo muy propio, distinto de otras obras, por un lema que marca y destaca el ejercicio de tres virtudes primarias y preferentes: pureza, amor y sacrificio, las cuales, como tres elementos armónicamente combinados, dan a la Obra su carácter y su forma específica; todo lo cual tiene su fundamento en la verdad y en la vida del Evangelio, verdad viviente del Verbo hecho hombre, cuyo espíritu es, en todo y sobre todo, el espíritu que vivifica todas las obras de la Iglesia.

La Alianza ha recibido este espíritu divino y lo infunde en sus miembros por el ejercicio, movimiento y acción de estas especiales arterias, que forman su organismo interior: espiritualidad a fondo, sobrenaturalismo puro (sin mezclas terrenas), consagración perfecta, renuncia a la vida de los sentidos por el sacrificio y la honestidad de vida, etc...

Y el «Sacerdote de la Alianza» es así, porque de algún modo participa, poco o mucho, del espíritu de la Obra. El sacerdote y la aliada deben estar informados de un mismo espíritu, puesto que la aliada recibe el suyo por ministerio del sacerdote, y, si éste no estuviera bien informado del espíritu de la Alianza, mal podría comunicárselo a las aliadas.

Si bien es verdad que las aliadas pueden en rigor recibir este espíritu por otros conductos, el llamado oficialmente, en nombre de la Iglesia, es el sacerdote. Por eso, tanto nos interesa que el sacerdote participe y viva de este espíritu, cuanto lo deseamos y pedimos para las mismas aliadas.

Esta espiritualidad y elevación sobrenatural, en primer lugar, informa y vivifica a la Alianza. ¡Qué pronto se descubre este contraste entre nuestras fervorosas hermanitas y las almas (mal llamadas espirituales) derramadas y mundanas!

Y ¿no es por ventura esta espiritualidad y aire sobrenatural el mejor distintivo del verdadero sacerdote? ¡¡Con qué instinto divino saben clasificar nuestros buenos cristianos al sacerdote fervoroso y recogido y al tibio y derramado, con sólo verlos en el altar, en el confesonario, en el púlpito o en una simple conversación!!

Dentro de este espíritu aliado entra también la renuncia a la vida de los sentidos, el desapego de los bienes materiales, la huida del mundo pagano y corruptor, etc. Ya en el Reglamento, ya en las prácticas y normas de vida, la Alianza es rigurosa y radical; la Obra no admite condescendencias, no juega a dos caras, es clara en sus posturas.

Magnífico ideal y programa completo es éste para los «Sacerdotes de la Alianza». El sacerdote, todo sagrado, todo para Dios y para dar a Dios ¡qué lejos, debe vivir de la perversidad mundana!

Y ¿qué diremos del lema de la Obra? Es ahí donde, en modo eminente, se caracteriza y determina el espíritu peculiar de la Alianza.

Una cadena junta, en precioso ramillete, estas tres virtudes, como tres flores destacadas en nuestro jardín. Y la combinación bella y fragante de estas flores de la Alianza su especial fisonomía y forma específica.

¡Ah! ¡si todo sacerdote, llevase esculpido en su corazón y vivido en su alma sacerdotal, este escudo que resume el espíritu culminante de la Alianza!

Sacerdote abnegado, sacrificado, mortificado, penitente, austero y opuesto al espíritu del mundo.

Sacerdote casto, puro, virgen, honesto, delicado y alejado de todo ambiente de sensualidad.

Sacerdote amante de Jesucristo, enamorado de su divino Maestro, apasionado su Sagrario, de su Eucaristía, de su Misa, celoso de las almas, de la Iglesia, del culto.

¿Existe ideal más sublime y perfecto? ¿Hay obra más acabada en la Iglesia de Cristo, que un sacerdote informado y penetrado del espíritu de este trilema? ¿Será pedir demasiado al «Sacerdote de la Alianza» cuando, como condición necesaria para serlo, le exhortamos a que viva intensamente el espíritu de la Alianza? ¿No es éste acaso el ideal acariciado desde el día en que se ordenó y subió por vez primera al santo altar?

VII. Seamos perfectos aliados

Repitamos algo de lo dicho en párrafos anteriores... ¡es tan importante todo!

¿Por qué no leer y estudiar, queridos Hermanos, el Reglamento de la «Alianza en Jesús por María» con vistas a nosotros mismos, buscando en él nuestro propio bien sacerdotal?

Fijad, siquiera por curiosidad, vuestra atención en la definición de la Obra, tal y como lo dice el primer art. del Reglamento, y, aplicándolo totalmente a vosotros, leedlo con reposo y atención.

«Unión... Almas puras... *Consagradas* a Dios enteramente... Aspirando a la *perfección*... Buscando el reinado de la pureza y del amor de Cristo... Dentro de una vida de abnegación y de sacrificio...»

¿Qué falta ni qué sobra en esta definición, para describir el ideal más acabado de un sacerdote perfecto y santo? ¿Qué es hoy el

sacerdote católico, si no es *eso*?

Muy bien decimos nosotros a nuestras hermanitas: vivid vuestra vida, vivid vuestro reglamento, vivid vuestro lema, vivid vuestra Obra, vividla, intensamente». Mutatis mutandis, ¿no podrá decirse esto mismo al sacerdote de la Alianza?

Haced vuestro, Hermanos, el Reglamento de la Alianza, vividlo como cosa vuestra y hecha para vosotros exclusivamente.

Unidos todos, «caritate fraternitatis invicem diligentes» (Rom. XII, 10). Puros y castos y delicados y ángeles en un mundo corrompido.

Consagrados, dedicados y entregados totalmente a Jesucristo Señor Nuestro. Santos y aspirando a la santidad, porque somos sacerdotes y hombres de Dios. Buscando el triunfo de la virtud para nosotros y para las almas.

Crucificados, sacrificados, inmolados con Cristo, en Cristo y por Cristo

VIII. Conocimiento de la Alianza

Por lo que acabamos de decir y porque el «Sacerdote de la Alianza» es apóstol de la Alianza es del todo necesario, que se dé con todo cariño y pasión al conocimiento de la Obra en todos sus aspectos y puntos de vista, que hemos apuntado en el primer capítulo de este opúsculo.

La Alianza, como queda dicho, dentro de su sencillez, pequeñez y humildad, no se abarca tan fácilmente, como a simple vista parece.

Una rápida lectura del Reglamento (creen algunos) da una idea suficiente para conocerla y distinguirla de otras obras similares. Hay quienes leyendo solamente la hojita de las tituladas «Silbidos del

Pastor», que trata brevísimamente del secreto de la Obra, se han creído suficientemente enterados de ella. Estos nunca pueden tener idea completa de la Alianza, y, si con eso, sin más, se atreven a definirla, fácilmente se equivocarán, con perjuicio suyo propio, de la Obra y de las almas.

Cerrarse, casi «a priori», en un juicio sobre la Alianza, con sólo lo que han oído de ella en el confesonario, en la sacristía, en un corrillo de amigos, o con la lectura de un suelto, es exponerse a vivir en un desdichado error e ignorancia fácilmente vencibles.

¿Por qué se dan tan lamentables casos de sacerdotes, por otro lado ejemplarísimos, los cuales, tratándose de la Alianza, no solamente no la creen perfecta, sino que la censuran, la motejan, la critican, la menosprecian y hasta la pe siguen, sino es porque no la conocen?

No la conocen, en efecto, como no sea a través de la crítica del mundo, y de los chismes que almas ruines, poco espirituales, han levantado contra las *intransigencias* de las Aliadas.

La Alianza, por lo mismo que es enemiga irreconciliable del espíritu mundano, nunca dejará de tener impugnadores, no sólo entre los ya declarados enemigos de la Religión, sino también en el seno de mucha gente reconocidamente cristiana y aun piadosa. Los cuales no cejarán ten su empeño de sembrar errores sobre su doctrina y de desorientar a las almas, y, si pueden, también a los Directores.

De ahí que al «Sacerdote de la Alianza» no le baste, para formarse una idea cabal de la Alianza, ni con lo que dicen en la esquina o en la tertulia, ni con lo que lee de corrida en un suelto sobre la Obra.

Artículo por artículo, leído y releído pausadamente todo el Reglamento y los comentarios que le siguen y el libro «Manual de

Formación Aliada» es cuando el, sacerdote llegará. a saber toda la verdad de la Alianza.

Ahí verá: a) el alcance de cada una de las palabras de la definición; b) el lema de la. Alianza, que resume los fines de la misma; c) los requisitos y condiciones de las candidatas al :aspirantado; d) la vida que debe desarrollarse en cada uno de los grados de la Obra; e), los varios puntos de vista y aspectos, desde los cuales puede considerarse la Alianza, según quedan indicados anteriormente, etc., etc.

Y en todo esto debe estar versado perfectamente el llamado a ser maestro y guía de' las almas que viven la Alianza.

IX. Rogad por ella

La primera obra de celo, de la que ningún «Sacerdote de la Alianza» está dispensado, es la de encomendarla fervorosamente a Dios en el Santo Sacrificio de la Misa, y en sus oraciones y sacrificios diarios.

En nuestra dura y difícil empresa, tan contraria al espíritu del mundo, si el Señor y la Santísima Virgen no hubieran suplido nuestra manifiesta impotencia y nulidad, la Alianza a estas horas no tendría memoria entre nosotros.,

Pronto fallaron nuestras primeras tentativas, hasta que dimos con el camino que va al Camarín de la Virgen del Coro. De allí bajó la Alianza. Poco valen y nada aprovechan el valor, la tenacidad y la astucia de los más intrépidos hombres, cuando no se cuenta con la ayuda de arriba.

Si la Alianza llega a tener historia, bien manifiestamente se verá en ella la mano de Dios y la sombra de la Virgen. El y Ella fundaron la Obra, y hoy, como ayer, Ellos la guardan, la protegen y

la hacen vivir y avanzar, a pesar de las tempestades y acometidas del enemigo, que van paralelas con su prosperidad consoladora. Es el Señor, es la Señora, cuyas manos poderosas son visibles en la Alianza...

Contra su divino poder todos los demás poderes se estrellan y se frustran; si Ellos quieren —y ¡vaya si lo quieren!— el triunfo de la pureza y del amor en las almas virginales será ¡nuestra gloria.

Ahora bien, la obra de Dios, sostenida por su ,divina mano, necesita la incesante oración y sacrificio de sus sacerdotes.

Nos consuela pensar que ya un crecido número de venerables Hermanos se acuerdan de la Alianza en los solemnes momentos del divino Sacrificio del altar y en sus recogidos coloquios con el divino Prisionero.

¡Cien, trescientos sacerdotes con los brazos en alto, encomendando a Dios la Obra! He ahí el secreto de sus modestos éxitos; he ahí nuestra más poderosa palanca, que la mueve y sostiene. Una cruzada de oraciones y, sacrificios sacerdotales en favor de esta legión de almas-ángeles en medio del mundo.

Pero el sacerdote tiene a su lado almas escogidas que dirige, ya seglares, ya, religiosas ; a estas debe convidar e interesar en favor de la Obra, pidiéndoles oraciones y ramilletes espirituales por esta santa causa...

Y también a los niños. ¿Qué le cuesta a un confesor pedir una oración a la Virgen, una visita al Sagrario, una fervorosa Comunión al niño de su catecismo, en favor de una Obra que da mucha gloria a Dios?

Hagamos oración y movamos muchas almas a que nos acompañen en esta cruzada de-oración y sacrificio por la prosperidad de la Alianza en toda España y en todo el mundo.

X. En su apoyo y defensa

Los «Sacerdotes de la Alianza», que de veras aman su Obra y viven su espíritu, la apoyan siempre y la defienden con entusiasmo. Pruebas consoladoras tenemos en el curso de nuestra vida aliada; y, gracias a estos buenos amigos y Hermanos amantes de la Obra, respiramos nosotros y respira la Obra en sus luchas y en sus triunfos.

La Alianza necesita del apoyo y defensa de todos sus sacerdotes, porque son muchos los que la persiguen. A la Alianza pueden aplicarse las palabras que un día dirigiera el divino Maestro a sus discípulos: «Si fueseis del mundo, el mundo amaría lo que es suyo. Pero como no sois del mundo, sino que yo os he separado del mundo, por eso os odia el mundo».

La Alianza no es obra del mundo, ni en su origen, ni en sus fines, ni en su vida. La Alianza es para vivirla en medio del mundo, pero no es del mundo; es enemiga irreconciliable del mundo; el espíritu de la Alianza y el del mundo son como dos polos opuestos, que se distancian y alejan el uno del otro y se repelen como dos fuerzas contrarias;,, por eso, el mundo no puede menos de odiarla.

Si la Alianza, abierta o disimuladamente, siguiese al mundo y se amoldase a las máximas y costumbres mundanas, el mundo amaría a la Alianza, la aplaudiría y la protegería con toda su influencia mundana; pero, siendo su más incompatible enemigo, necesariamente la Alianza tiene que ser perseguida del mundo.

Las obras, cuanto más son de Dios, más son aborrecidas del mundo. Obra de Dios es la Alianza; Dios la trajo, Dios la guarda y Dios la guía y la lleva por sus especiales caminos; luego, sin remedio tiene que sufrir la oposición y la contradicción del mundo. Como que son pocas las obras que tengan tantos enemigos, como tiene la Alianza.

Los explotadores de la ALEGRÍA mundana, los regalados y amantes de la vida muelle, ¡los que hacen compatible la verdadera vida de piedad con el ambiente mundano de espectáculos, moda y exhibición son enemigos de la Alianza.

A la Alianza miran con frialdad recelosa, fastidio y antipatía todas las almas tibias: las jóvenes *arregladas*, las madres *interesadas*, los padres *comprometidos*, los hermanos *despreocupados* y las amigas *retocadas* y los corazones *partidos*.

También en el Claustro, en la Sacristía, en el locutorio, en el confesonario y hasta en el púlpito tiene sus enemigos la infeliz Alianza. Y nada digamos de la tertulia elegante, del taller, de la oficina, del mostrador, del salón y del club, donde sin compasión se hace el chiste, se moteja y hasta se escupe groseramente a la Obra.

Y ¿no hay nadie que la apoye y la defienda? Sí, la defiende Dios, la apoya Pío XI, la protege el Episcopado- Español, y están a su lado todos los «Sacerdotes de la Alianza».

El «Sacerdote de la Alianza» es el defensor nato de la Alianza. Su propio título lleva anejo el deber de apoyarla y defenderla en todas partes y en todas las ocasiones. El amor que la profesa y la medalla que cuelga de su cuello, le han como consagrado para ofrecer en defensa de ella su talento, su ciencia, su dignidad, su prestigio y hasta su virtud.

En ocasiones, que no dejarán de ofrecerse con harta frecuencia, en que la tijera murmuradora hace de la Obra jirones, el «Sacerdote de la Alianza» no cumple con un silencio pasivo y cobarde.

Si la Alianza, entre la oposición de tantos enemigos que hemos apuntado arriba, ha' de abrirse paso, despejando nubes, resolviendo dificultades, humillando a los acusadores, ilustrando a los equivocados, convenciendo a los vacilantes y confirmando a los incipientes, es necesario que nosotros, los «Sacerdotes de la Alianza»

salgamos con celo ardiente, formación sólida y entusiasmo desbordante a defenderla y apoyarla privada y públicamente.

XI. Propagadores de la Alianza

No basta apoyarla y defenderla, también hay que propagarla.

Las obras de Dios, aun cuando sean de Dios ,y a Dios deban atribuirse, requieren generalmente, en la presente Providencia, la cooperación y concurso del hombre; el «docete omnes gentes» del divino Maestro es ley evangélica, y para eso son elegidos y, unguidos los ministros del Señor.

La Alianza, obra de Dios, sometida en todo a la Jerarquía de la Iglesia y dependiente de ella, necesita, para su movimiento, incremento y desarrollo, de la constante ayuda del Sacerdote.

Es más; la Alianza es obra eminentemente espiritual, esencialmente tiende a la formación espiritual y sobrenatural de las almas; por otra parte estas aspiran reglamentariamente a la mayor perfección y santidad en medio del mundo; lo cual, casi en su totalidad, es labor apostólica y sacerdotal.

El sacerdote en el campo catequístico, en la predicación evangélica, en la dirección espiritual y administración de los sacramentos, es apóstol y maestro por excelencia de la Alianza.

Aun cuando no demos la exclusiva al Sacerdote, ya que dentro y fuera de la Obra existen almas muy amantes del lema y entusiastas propagandistas de ella, debe ser él oficialmente el que ocupe el puesto preeminente en este apostolado y el que con más eficacia y mayor resultado realice esta labor, como lo prueba la experiencia de estos últimos años.

La prosperidad de la Alianza está en razón directa del celo y amor sacerdotal hacia ella.

Hablamos de solos los sacerdotes, y, aun de ellos, no todos están igualmente capacitados para esta propaganda.

En ambos cleros (regular y secular) habríamos de distinguir edades, aptitudes; dignidades, y, sobre todo, oficios y ministerios, que en la Iglesia son muchos, para determinar y clasificar su apostolado conveniente.

Al Sacerdote de edad le dan prestigio sus, Canas, al Superior su cargo, al Prebendado su dignidad eclesiástica, y este prestigio personal da al mismo tiempo prestigio a la Alianza. Muchos de estos ilustres y venerables hombres orlan, con marco de pro, a la Alianza y la hacen digna de estima y de respeto. Una mirada de simpatía, una palabra de estima y de aprecio expresada por ellos es buen apostolado.

El clero destinado al púlpito, aunque directamente no debe hacer propaganda de la Obra, podrá beneficiar muchísimo a ella escogiendo temas de predicación que tienen relación directa e inmediata con el lema, y proponiendo en concreto el ejercicio de nuestras virtudes aliadas.

Campo magnífico es el que se brinda a los directores de Seminarios, Colegios, Noviciados, Institutos, etc., donde los futuros sacerdotes, las futuras maestras, las futuras religiosas y acaso las futuras aliadas puedan recibir de ellos la doctrina de la Obra en sus fundamentos. Ejemplos cantan: este movimiento del clero joven hacia nuestra Obra es fruto del clero docente...

Y ¿qué decir del clero modesto y oculto, cuya ¡labor, sin ruido ni aparato exterior, se esconde ,a la sombra de un confesonario? En el desfile de almas que allí reciben el pan de su espíritu, no es difícil sorprender almas de temple y madera de santas, que buscan luces, caminos, alientos y orientaciones.

Y una palabra a los Directores y Capellanes de niñas.

El día en que las Comunidades de Enseñanza vean el resorte eficacísimo que tienen en la Alianza o en su Escuela de Jesús para la formación cristiana integral de sus alumnas, ellas y ellos serán nuestros más celosos propagandistas.

XII. Preparación del Sacerdote

Un campo tan amplio, tan selecto al mismo tiempo y tan especial, como es el de la «Alianza en Jesús por María», exige necesariamente una preparación exquisita y delicada por parte de los que son llamados al cultivo de sus fértiles tierras.

El «Sacerdote de la Alianza» debe vivir, respirar y reflejar en todo el espíritu de la Obra, para comunicarlo y grabarlo en las almas que se le encomiendan, como lo hemos indicado en el párrafo VI de este capítulo. Medio poderosísimo para alcanzar este espíritu es, en primer lugar, la práctica de los Ejercicios de San Ignacio, encaminados exclusivamente a este objeto.

Los Ejercicios de San Ignacio tienen un sin fin de aplicaciones, según la clase y estado de personas a quienes se dan. Ejercicios dados y *aplicados* a los «Sacerdotes de la Alianza» con el exclusivo fin de vigorizar y templar este su espíritu peculiar, ya en orden a su propio bien espiritual aliado, ya también en orden a su formación y preparación en el mismo espíritu, para trabajar con celo ardiente en el campo de la Alianza, pueden ser de un resultado formidable.

Para lo cual, es preciso que el que los da conozca bien las notas específicas de la Alianza, (véase el capítulo I), y el que los recibe y los practica los haga con el principal objeto de formarse y llenarse de ese especial espíritu, que no está reñido, ni mucho menos, con su santidad sacerdotal.

Otro medio que ayuda, con eficacia maravillosa, a esta formación y preparación a fondo para la Obra de la Alianza es el de las Convivencias Sacerdotales durante cuatro o cinco días.

Los «Sacerdotes de la Alianza» han aprendido esta lección de las mismas aliadas, las cuales, ya de años atrás, venían practicando con resultados ventajosísimos estas íntimas convivencias, inmediatamente después de sus Ejercicios.

En el recogido Santuario de Aránzazu fué el primer ensayo de esta Convivencia Sacerdotal; a ella siguió la del Seminario de Ávila con la bendición y asistencia de su Reverendísimo Prelado, que palpó con nosotros los resultados de aquellos días de Cielo. Luego Vitoria, durante dos años consecutivos, ha sido testigo de estos espiritualísimos cenáculos, donde se han forjado, al rojo vivo, los espíritus sacerdotales.

Dos grandes fines tienen estas Convivencias entre nuestros Hermanos: 1.º) El sacerdote, que ha estudiado y conocido la Obra de la Alianza aislado, leyendo su Reglamento y demás escritos, no llega a formarse idea cabal y exacta de la Obra. Pero este mismo sacerdote, reunido en íntima convivencia con sus Hermanos durante cuatro o más días, la ve, la siente, la respira, la vive y la penetra, casi sin darse cuenta.

El fervor 'espiritual y el fervor fraternal sacerdotal de todas las categorías, hábitos y colores, y el fervor aliado apostólico son eficazmente contagiosos en estas Convivencias, que dan por resultado la elevación estupenda del nivel aliado en todos los Hermanos.

2.º) Pero ,no es éste un fervor superficial ,y pasajero, sino que se cimenta por medio de un conocimiento más profundo y exacto, que, durante aquellos días, se adquiere acerca de la Obra de la Alianza; a lo que ayudan, entre otras cosas, las conferencias sobre

temas importantes, que allí se desarrollan, en orden al espíritu y vida de la Alianza, y, aún más, las mutuas charlas, cambios de impresiones, consultas y preguntas que tienen lugar, ya en sesiones públicas, ya en privado.

¡Cómo se desgranán allí, artículo por artículo y párrafo por párrafo, el Reglamento y, la revista, el boletín y los libros todos de la Alianza! No hallamos medio más poderoso y eficaz que éste para formar a un «Sacerdote de la Alianza» en el espíritu y plan de apostolado de nuestra amada Obra.

CAPÍTULO III

Actuación directa con las hermanitas

I. Delicadamente interesante

Si sólo se mirara la trascendencia de este capítulo, acaso conviniera haber comenzado por él, dejando para después los dos primeros, los cuales terminan en éste y vienen como a desembocar aquí.

La Alianza, en sus diferentes aspectos y puntos de vista, les la Obra, es el *objeto*; el sacerdote santificado, preparado, celoso y amante de la Obra, es el *motor*; este motor en movimiento, funcionando en sus diversas aplicaciones en la Obra, es la *vida*, es el *todo*...

El éxito de la Obra de la Alianza, en su prosperidad, su avance, su elevación, su perfección, depende de este funcionamiento y aplicación de todas las energías, disposiciones, virtudes, facultades, celo y amor sacerdotales de nuestros Hermanos.

He ahí lo más interesante de la Obra, de lo cual depende, si no en su totalidad, sí en gran parte, la gloria y el triunfo de la Alianza, o la humillación y desprestigio de la misma.

Mas también es éste el punto más delicado y peligroso de cuantos hasta aquí hemos apuntado. La Obra es delicadísima, porque lo son sus componentes, y, por consiguiente, delicadezas exige a los que en ella tenemos que poner las manos.

Así como, antes de celebrar la Santa. Misa, se nos manda lavar las manos, diciendo: «Da Domine virtutes minibús mes... ut sine polucione mentís et corporis...»; también aquí, antes de darnos a nuestros ministerios sacerdotales con las hermanitas, hemos de lavar

nuestras manos y nuestras intenciones, para que, delicadamente sirvamos a estas almas y a Dios.

¡Qué responsabilidad la nuestra, si, con manos manchadas e intenciones poco elevadas, entramos en estos acotados del Señor!

Somos hortelanos de un jardín que sustituye al Paraíso terrenal, y se nos ha encomendado el cuidado de las más delicadas flores que allí siguen recreando al Celestial Esposo de las vírgenes.

Con cuánta delicadeza y exquisitez habremos de trabajar en estos purísimos campos, más propios del ministerio angélico que de hombres mortales de barro y corrupción!

Tomen nota nuestros amados hermanos, «Sacerdotes de la Alianza» de las advertencias, amonestaciones y normas que, puestos en la presencia de Dios, señalamos en los siguientes párrafos, para el recto desempeño de su delicada misión.

II. Fuera de la Obra

Tal vez el primer contacto del «Sacerdote de la Alianza» será con almas que no son de la Alianza; pero que parecen reunir las condiciones, exigidas para serlo pronto.

A este respecto y una vez para siempre conviene que dejemos asentado, como primera base, lo que con amplitud suficiente decimos en el primer capítulo del «Manual de Formación Aliada» (cuya lectura, una vez más, recomendamos encarecidamente), a saber: Que la Alianza es y debe ser siempre, desde un principio «Gens electa»; elección hecha entre gente elegida, de lo bueno lo mejor, gente dos veces colada del polvo de la tierra, almas dispuestas desde el primer momento a ponerse de espaldas al Mundo y de cara a Dios.

A estas almas podemos clasificar en las siguientes categorías:

a) Almas, no sólo selectas, sino ya formadas en la vida espiritual, instruidas y. habituadas a la vida de piedad, de oración, de intimidad con Dios y de alejamiento del mundo.

A estas almas, sin necesidad de grandes rodeos, podrá insinuárseles el secreto de la Alianza, presentándosele siempre a través de su triple lema, del «triunfo de la pureza» en particular, con los demás puntos de vista que hemos indicado en el capítulo primero de este librito.

b) Almas selectas, de vocación religiosa conocida y decidida. A éstas conviene convencerlas, sin excesivos forcejeos, de las ventajas que trae la Alianza para la conservación y perfeccionamiento de su vocación.

A ellas y a la Obra, interesa su permanencia en la Alianza todo el tiempo que se quiera, ya para defenderse de las ocasiones del mundo, ya también para afianzarse y consolidarse prácticamente en la vida espiritual de perfección y santidad.

No debe, sin embargo, forzarse demasiado su voluntad en punto tan delicado; conviene plena espontaneidad y plena libertad, a fin de que, al abrazar la vida de la Alianza, entren en ella con la resolución y buena disposición de vivir *temporalmente*, en toda su plenitud, el espíritu peculiar de la Obra, conservando. y fomentando, al mismo tiempo, la idea fundamental de su vocación.

c) Almas primerizas en la vida espiritual, fervorosas, bien dispuestas e inclinadas; pero *principiantes* en estos caminos. Y aquí caben dos hipótesis:

Si son almas *conversas* o de las que, habiendo condescendido, por más o menos tiempo, con el espíritu del siglo y sus mundanas costumbres, vuelven decididamente a Dios, con sus correspondientes vencimientos y renunciaciones, se requiere con ellas una seria y prolongada preparación. No bastan los ardores de un repentino toque

de la gracia, que pueden disiparse con otro ataque del enemigo. Una sólida formación en la vida espiritual, por lo menos en sus fundamentos, debe preceder a la primera insinuación del secreto de la Alianza. Pruébeselas bien fuera de la Alianza, para que les aproveche más, la prueba reglamentaria dentro de ella.

Si, en cambio, son almas *inocentes*, candorosas y naturalmente buenas, caso de que hayan-sido formadas, según su capacidad, en la «Escuela de Jesús», reglamentariamente, a los quince años, pueden comenzar la prueba. Si no vienen de la «Escuela de Jesús», debe dárseles previamente una formación suficiente, conforme a su edad y capacidad, teniendo en cuenta, que su *inocencia* y buena *disposición* y *voluntad* no ofrecen bastante garantía, si no son suficientemente probadas.

El ideal de su perfecta *consagración* y *amor* a Jesús, como su futuro Esposo en la virginidad, y el cortejo de las pequeñas virtudes, como su especial arreo, deben exigírseles a estas buenas almas.

c) Toda alma que aspira al matrimonio o sueña en él, y piensa y habla de muchachos; toda alma que, aunque piadosa, mira demasiado a su propia persona, la regala, la mima, la arregla y la idolatra; toda alma, que no tiene suficiente generosidad y resolución para dejar el mundo mundano, sus espectáculos, sus exhibiciones, modas y vanidades; toda alma, que con tesón y arranque no se decide a darse plena y totalmente a la santidad; toda alma, en fin, que no concentra y pone todas sus aspiraciones en *Jesús*, a quien se da, NO SIRVE PARA LA ALIANZA.

III. Diferencia de poblaciones

También interesa clasificar los lugares y pueblos, en que se quiera establecer la Obra de la Alianza.

a) En poblaciones crecidas, donde exista ya un Centro o Grupo de la Alianza, la especializar labor del «Sacerdote de la Alianza» consistirá en una previa y fundamental preparación de las almas en la vida espiritual con vistas a la *virginidad* y perfecta *consagración* a Jesús, conforme a las categorías y especiales normas que para cada clase hemos apuntado arriba, y luego inmediatamente, en ponerlas en relación con alguna hermanita aliada de la misma población, para que ésta, en fraternal intimidad y confianza, haga lo que resta.

b) En poblaciones crecidas, donde no exista ni sea conocida la Obra, el «Sacerdote de la Alianza» *privada y particularmente* debe ir espigando y escogiendo, entre sus dirigidas, aquellas almas que revelan aptitudes y mayor espíritu de vida interior, de oración, de Sagrario, de virginidad, etc., etc., formándolas *secretamente*, dentro de este plan espiritual, en el espíritu de la Alianza y, presentándoles, como supremo ideal, el triple lema, pureza, sacrificio y amor, juntamente con el cortejo de otras virtudes que integran la Obra; pero SIN MENTAR PARA NADA LA EXISTENCIA DE TAL OBRA.

Una vez hecha esta labor, déjese caer en sus manos, con el mayor disimulo y sin mostrar excesivo interés, alguna hoja o folleto que hable de la Alianza (nunca el Reglamento), y, después de algún tiempo, púlsese bien la impresión que su lectura haya causado en esta alma. A aquellas, que se Sientan un tanto animadas, póngaseles en comunicación epistolar con las hermanitas aliadas del Centro o Grupo inmediato.

Si dentro de la misma población hubiese algún otro sacerdote que se mueva por la misma causa, deben ambos unirse, ir en todo de acuerdo y hacer que vayan unidas las almas movidas hacia la Obra, a fin de que en la población no haya más que una sola Alianza.

c) En pueblos de reducido vecindario, conviene proceder todavía con mayor cautela y discreción, guardando muchísima reserva, porque en tales pueblos el secreto es difícil. La iniciación de la Obra allí debe hacerse *muy secretamente*, con almas de absoluta confianza y garantía, probándolas bien de antemano.

Todo depende de la primera alma que se escoja; si esta fracasa, digamos que allí la Alianza fracasará. No se intente jamás formar un Centro, comenzándola con una pobre beata, por buena y santa que sea. Si ella no tiene ambiente, no sólo de espiritualidades, sino de reputación, prestigio y simpatía y, hasta de buen trato social, sino es persona bien equilibrada en orden a toda su conducta cristiana y ciudadana, la Alianza en sus manos caerá en el ridículo y en el desprecio.

Alianza conocida a través de uno de estos infelices ejemplares, Alianza desacreditada para siempre por todos aquellos contornos. De ahí la necesidad de que la primera piedra sea de completa garantía.

Las mismas cautelas conviene guardar con los Hermanos en el sacerdocio que no sean de nuestra organización y que no manifiesten mayor simpatía por la Obra de la Alianza. Poco a poco y golpes certeros...

¡Nada de propagandas públicas! Ahí están veinte años de experiencia, que, a falta de otras razones, qué tampoco faltan, nos convencen de ello. Recordamos fracasos dolorosos...

No las prohibimos absolutamente; pero tampoco las recomendamos. A lo sumo, las toleraremos, cuando alguno de nuestros Hermanos se empeñe en hacerla por su cuenta y riesgo.

Es que la Alianza predica y pone muy alto, lo más alto, la VIRGINIDAD, y esta joya no se vende en los mercados públicos. Siempre ha sido un secreto de Dios, que Él revela a quien es llamado a guardarla. Sobre ella ha dicho el Espíritu Santo la conocida frase:

«Qui potest capere, capiat»; y, desgraciadamente, «paucissimi capiunt».

IV. Confesión y dirección espiritual

No tenemos autoridad suficiente para tratar este importantísimo punto con el prestigio, respeto y seguridad que se merece....

Lo remediaremos, intercalando autoridades que están muy sobre nosotros. Es que en la Alianza es punto delicado, a la par que trascendental, el que se refiere a la confesión y dirección espiritual de las hermanitas.

Ya en Asambleas, y Convivencias Sacerdotales de años anteriores se ha tratado la conveniencia o no conveniencia de que el Director de un Centro de la Alianza pueda y deba, al mismo tiempo, ser confesor y director espiritual.

No es esta la cuestión que aquí se nos ofrece ahora, sino que, extendiéndola a todos los «Sacerdotes de la Alianza», Directores o simples Colaboradores, queremos recordar a todos la gravedad y grandeza de esta misión sacerdotal con las almas encaminadas a la Alianza:

En nuestra pobre opinión, que no tiene más fuerza que la experiencia de los años, creemos que en 'la Obra (y también fuera de ella), la fuente de más abundantes frutos espirituales es el confesonario.

El Sagrario y el Confesonario son dos misteriosas moradas de Cristo: allí, real y personalmente; aquí, en la persona- de su «alter-ego», el Sacerdote. En ambos se desborda el divino Corazón; allí en torrentes de amor, aquí en torrentes de misericordia; y allí y aquí, de gracia, salud, vida, luz, calor, fuerza, etc...

Dos «Sagrarios» desde donde se ofrece y se da Jesús a las

almas; oculto, allí en la Santa Hostia blanca, aquí en la Hostia viviente, el Sacerdote. Caben allí por parte nuestra profanaciones y sacrilegios, y también aquí, si no lo administrarnos digna y santamente.

La Alianza, en medio del mundo, vive siempre de estas dos fuentes; de estos dos Sagrarios; en ellos, con preferencia, debe manifestarse y desarrollarse el celo y el amor del «Sacerdote de la Alianza».

¡Qué tremenda es nuestra responsabilidad en este ministerio! Hablen por nosotros los santos y los maestros de la Iglesia.

He aquí unas palabras de San Gregorio Magno (Reg. past. I): «Nullibi facilius nec periculosius erratur, quam in tremendo poenitentiae tribunali; nam ars est artium regimen animarum».

«Dentur idonei confessarii, ecce omnium christianorum plena reformatio» (S. Pío V).

«Oportet, ut magno affectu curatus quisque ad confessiones ,excipienclas feratur. Proinde crebro perpendendum, quod audire paeniyentes sit actus valde heroicus, surnmopere placens Deo...» (Ritual. Monaster.)

El P. Segrieri dice estas palabras: «Este Ministerio es el bastón del Profeta, que en mano de un Eliseo da vida a las almas; pero, manejado por un Giezi inexperto, las da la muerte o las confirma en ella...

En orden a la confesión y dirección de las mujeres conviene tengamos muy en cuenta los siguientes documentos:

Todos los Santos y Maestros espirituales están acordes en afirmar que con ellas seamos breves y concisos, y vayamos siempre al grano y las obliguemos a que procedan del mismo modo.

De San Francisco de Sales son estas dos palabras: «Con ellas *pauta sed maxime opportuna, dicere*».

«Acostúmbrenlas a hablar poco en la confesión: y hable el confesor poco con ellas» (P. Mach).

Son del P. Desurmont las siguientes palabras: «Nada de palabras de afecto, ni de frases tiernas, nada de coloquios directos, que no sean indispensables... Cuando se haya de hablar con, ellas, no se pase de lo necesario... Mientras fuere posible, no se ha de hacer la dirección fuera del confesonario y nada de cartas... La mujer tiene el defecto de su modo de ser: es piadosa por instinto; pero también por instinto es muy pagada de su piedad. Gusta tanto de componer su alma, como de componer su cuerpo».

«Sed muy ¡reservados con las mujeres... Con ellas nada de chanzas ni ligerezas..., sino sabeos hacer respetar... Que honren en vosotros el sagrado sacerdocio, y en vosotros no vean sino el representante del Señor, a quien deben *obedecer* y no *mandar*... Que comprendan que no son las miras humanas, sino el Espíritu de Dios el que os guía... Si lo hacéis así..., comprenderán fácilmente que no entendéis más que de decir la verdad... y de hacer caminar a las almas en simplicidad... sed buenos, pero severos... y muy enérgicos...» (P. M. Sulamitis. «Mensaje a los Sacerdotes», pág. 178).

V. Correspondencia y boletines

En la Alianza la correspondencia epistolar con las hermanitas es una verdadera necesidad...

Los Directores y Delegados de los Centros y Grupos respectivos tienen que mantener vigoroso y elevado el espíritu de sus asociadas, a las cuales muchas veces no pueden llegar sino por carta.

La Obra tiene y tendrá siempre hermanitas dispersas, que viven lejos de los núcleos que tienen la suerte de respirar mutuamente el

espíritu de su querida Alianza, y a aquellas no se puede llegar muchas veces por más conducto que por correspondencia epistolar..

Digamos otro tanto de la dirección espiritual, que no es fácil encontrarla siempre a punto en donde la hermanita, por oficio o destino, tiene que fijar su residencia, porque allí no tiene a mano, no sólo director, pero ni siquiera simple confesor, para la paz de su conciencia.

De ahí que, a pesar de los graves inconvenientes que señalan los Maestros de la vida espiritual, no podamos menos de reconocer la necesidad de mantener esta correspondencia con las hermanitas.

No obstante, es *importantísimo* advertir: a) Que en el punto que se refiere a la vida misma de la Alianza, la correspondencia máxima debe girar entre las mismas hermanitas entre sí. La Directora, un miembro del Consejo respectivo o alguna hermanita bien formada en la doctrina y espíritu de la Alianza sean las que lleven el peso mayor de la correspondencia epistolar con las hermanitas dispersas, o con los Grupos y Centros poco numerosos y necesitados de formación.

El Director, fuera de los casos que sean de su exclusiva incumbencia, o en los que se trate de promover un bien muy señalado, debe encomendar esta labor epistolar a las hermanitas indicadas arriba; de suerte que a los Directores y demás «Sacerdotes de la Alianza» se permita la comunicación epistolar con las aliadas, sean o no dirigidas espiritualmente, solamente en los casos indispensable necesarios para ese delicado ministerio.

b) Que esta correspondencia sea: 1.º) repitiendo las palabras de San Francisco «*pauca et maxime opportuna*», breve, concisa, clara y directa al asunto; 2.º) espiritual, edificante, instructiva, paternal con seriedad; 3.º) sin mezcla de vanos calificativos, de ponderaciones excesivas y de contenidos demasiado humanos, familiares, ligeros y terrenos...

Sepan nuestros Hermanos, que sus cartas, a pesar de las reservas que exijan, están expuestas a ser cambiadas de *mano* y de *domicilio*. De modo que procuren escribir, como si lo hicieran para un periódico o una emisora de radio.

Y vamos a los BOLETINES de actos. Labor molesta para los Hermanos que están ocupados en mil ministerios, pero que en la Alianza es necesaria y de gran interés; como que es uno de los medios más poderosos para obligar a las hermanitas a cumplir con fidelidad los actos que allí se señalan y afianzarse en sólida piedad.

Es, además, requisito adecuado para que el sacerdote conozca el estado de fervor o tibieza de las aliadas, con quienes tal vez no podrá tener otro contacto que éste.

La esquelita de calificación, con su nota: buena o mala, buenísima o regular, y, si queda tiempo, con su toquecito de dos líneas, resulta como un dardo de fuego que llega al fondo de esas almas.

Bien se nota en los Centros; donde los Sacerdotes son fieles a este deber, y también, en los que las hermanitas no reciben jamás una calificación, y no saben si sus boletines son examinados o tirados al cesto de papeles... Este trabajo se facilita grandemente en la nueva forma que se dispone en el actual Reglamento, conforme a la cual se editaron los actuales cuadernos de boletines.

Cada tres meses recibirá el sacerdote en un sobre tres boletines y la esquelita de calificaciones preparada, de suerte que sea su misión indicar, por medio de una raya, la calificación que corresponda y firmarla con la fecha del día.

Son cuatro las calificaciones: MUY BUENA, BUENA, REGULAR, MALA. Cuando la suma de los tres meses no tenga ningún *cerro* y no pasen de *diez* las *cruces* (+), la calificación será MUY BUENA.

Cuando la suma de los tres meses no contenga ningún *ceros* y las *cruces* que haya, 'por muchas que sean, estén justificadas, v. g., por enfermedad, oficio, etc., la calificación será BUENA.

Cuando las *cruces* no se puedan justificar, o en las sumas haya varios *ceros* sin que lleguen a *diez*, la calificación en ambos casos, juntos o separados, será REGULAR.

Cuando la suma de los tres meses arroje más de *diez ceros*, la calificación será MALA.

Las calificaciones MALAS, formuladas y filmadas, como las demás, deben enviarse al Director General o Nacional, quienes se encargarán de devolverlas con las oportunas amonestaciones.

Las precedentes normas dan solamente una pauta de aproximación, a la cual debe acompañar el conocimiento de cada hermanita, ya en su espíritu laxo o escrupuloso, ya en las condiciones personales de salud, ocupaciones, etc., y también en la conducta general que ella observa en la Obra...; puntos, que deben tenerse en cuenta para proceder acertadamente en las calificaciones.

VI. En las Casas de la Alianza

Hemos llegado al punto más delicado y difícil de nuestro ministerio con las hermanitas aliadas:: el sacerdote dentro del «Retiro» y de la «Vivienda» de la Alianza; su acción, su conducta, sus relaciones con aquellas almas.

No estará de más ofrecer a nuestros Hermanos alguna edificante y sabia sentencia de nuestros Santos y Maestros.

Sea divina la primera: «Curara habe de bono nomine; hoc enim magis permanebit tibi, quam mille thesauri pretiosi et magni» (Eccl. XLI, 5).

San Jerónimo habla de esta manera: «Ne in praeterita castitate confidas. Nec santior Davide, nec Samsone fortior, nec Salomone potes esse sapientior. Memento semper quod paradisi colonum de possessione sua mulier ejecerit... Omneá puellas et virgines Christi aut aequaliter ignora aut aequaliter dilige» (Ep. ad Nepot.)

A San Buenaventura se atribuyen estas otras palabras: «Amor .spiritualis generat affectuosum, affectuosus obsequiosum, obsequiosus familiarem, familiaris carnalem».

Repitamos las palabras de Sulamitis (Mensaje a los Sacerdotes): «Sed muy reservados con las mujeres..., con ellas nada de chanzas ni de ligerezas... sino sabeos hacer respetar...Que honren en vosotros el sagrado Sacerdote, y en vosotros no vean sino al representante del Señor... ; con todo eso, sostenedlas en el deber... Si lo hacéis así, aquellas que no vienen a vosotros más que por requerimiento de la naturaleza, comprenderán que no entendéis más que de decir la verdad... »

Bastan estas autoridades.

Nuestra misión en los «Retiros» y «Viviendas» de la Alianza es siempre *sacerdotal* porque allí por excelencia. somos «Sacerdotes de la Alianza». Y al sacerdote como tal le corresponde enseñar, dirigir y formar las almas. en el camino de la Obra, hacia la santidad.

Estudiemos la Alianza, estudiemos el Reglamento, sus comentarios' y el «Manual de Formación Aliada» empapémonos en la doctrina de la Obra, hagamos sustancia propia, vivámosla primero, para poderse la dar a las hermanitas.

Demos *doctrina*; pocos «cuentos», aunque ellas lo soliciten; ya no son niñas, acostumbremoslas a lo sólido y sustancioso. Doctrina, sustancia, pan de catecismo, manjar de religión, caminos de Dios, «Ascética o Mística», práctica de la vida cristiana, evangélica, nazaretana. Habladles de la Alianza; hablad en *aliado*. El Evangelio

es siempre el mismo; pero cada uno lo aplica a sus fines y a su modo, y tiene los suyos la Alianza. Hablad cuanto queráis, dadles manjar; pero cuidado de ir siempre al grano.

Dirigidlas, dirigidlas dentro de la Obra, conforme a sus fines, a su triple lema, a su espíritu, a sus actos, a su plan, a su especial carácter. No salgamos de la Obra; ella tiene todos los medios de santificación dentro de esta especial *vocación*. Hagámoslas santas, pero en el molde especial de la Alianza. Aliadas santas. Nuestra misión es su formación espiritual: Tomémonos la molestia de calificar los boletines, démosles los retiros mensuales con todo nuestro celo, démosles pláticas de pura espiritualidad, solemnicemos, las funciones de la toma de insignias.

Hagamos la Alianza muy EUCARÍSTICA: hablémosles del gran Sacramento, del misterio maravilloso de los Sagrarios solitarios y abandonados; convirtamos a cada hermanita en auténtico Sagrario vivo y amante...

VII. Lo que hemos de evitar

Después de las gravísimas sentencias que hemos apuntado en los párrafos anteriores, bien se echa de ver que en el trato con las almas que viven en la Alianza, hemos de ser cautos y prudentes, justificando, ante nuestra propia conciencia y ante el Señor, nuestra presencia cerca de ellas.

Para frecuentar las Casas de la Alianza no bastan los simples motivos de amistad y de simpatía, razones de trato familiar, mucho menos de dirección espiritual, (como no sea en el confesonario). Nuestra asistencia a estos piadosos «Retiros» debe estar justificada por motivos justos y por fines nobles, elevados y concretos.

Si las hermanitas nos invitan al «Retiro», creed que no lo hacen por pasar un rato de charla inútil, de vaguedades y vaciedades con el sacerdote; bien saben ellas que no es esa la misión de un ministro de Dios. Y si a eso sólo dedicamos con ellas algún rato, nunca quedarán edificadas de nuestra conducta en ese punto; nos juzgarán más bien como hombres disipados, ligeros, poco celosos y poco edificantes.

Entendamos bien todos que estas Casas de la Alianza no son, ni para ellas, ni para nosotros, centros de pasatiempo, de tertulia y de disipación, sino escuelas de formación perfecta cristiana y /aliada, y, que en ellas nosotros somos sus auténticos *maestros* y *educadores*.

Cumplida allí nuestra misión sacerdotal y lo que la buena educación manda, despedámonos correctamente, a fin de que ellas, en santa independencia, hagan vivir su vida aliada, y nosotros, Hermanos queridos, mantengámonos siempre a distancia respetuosa, siempre a prudente distancia... Lo pide nuestra *altísima dignidad* y nuestra... *bajísima miseria*; porque somos Sacerdotes y porque somos hombres.

Concretando un poco más, pueden ser justos fines: Dar algún aviso; amonestar privada o públicamente a las hermanitas sobre puntos referentes a la Alianza; explicar el catecismo, reglamento, liturgia, canto; dar conferencias espirituales, pláticas, meditaciones, etc., etc.

Mas no son suficiente motivo y razón de nuestra presencia allí el: entretener a las hermanitas, el hacerles más llevadero el tiempo de su asistencia al «Retiro», el hacer amena una recreación con chistes y cuentos sin ningún sentido práctico. Estas expansiones, a las que nuestra presencia parece que da interés, poquísimas veces aparecen limpias de polvo y paja. Ni a ellas ni a nosotros nos hacen bien.

Si alguna vez llegara a prolongarse más de la cuenta nuestro saludo o visita al «Retiro», saquemos del tesoro bueno y santo de

nuestro corazón sacerdotal, alguna palabra o sentencia edificante que deje al final algo de sabor espiritual de Dios.

A las Recreaciones espirituales que las hermanitas preparan para celebrar alegremente algunas fiestas del año, pueden ser invitados los «Sacerdotes de la Alianza», y éstos pueden asistir, guardando en ellas cuanto arriba queda explicado, y cerrando, si así viene bien, la fiesta con algunas palabras de edificación y espiritualidad.

Concluyamos, insistiendo: Que apacentamos almas delicadas, finas, limpias, elevadas, predilectas de Dios; corazones inmaculados, heridos del fuego del amor, sensibilísimos...

¡Oh! Cuidemos a las hermanitas con suma cautela. con verdadera exquisitez; apacentémoslas con manjares purísimos, celestiales, divinos. La obra que hacemos es muy escogida, muy alta, muy de Dios, maravillosamente de Dios; no hay apostolado que así merezca nuestros cuidados; no lo desluzcamos; hagámoslo bien.

Pero *HAGÁMOSLO*, no huíamos; no nos asuste lo elevado y delicado de la misión que Dios nos confía. En medio de tanto lobo hambriento de carne que las rodea, oíd, Hermanos amados, el grito de Jesús: «Pasee oves meas». Son sus ovejas... sus ovejas; muy suyas, que las ama, que las prefiere, que las distingue; y ¡nosotros tenemos la misión delicada de apacentadas y cuidarlas!

«Pascite, pues, qui in vobis est GREGEM».

VIII. Lo nuestro, no más

Aunque nos creamos conocedores de la psicología de la mujer, ésta tiene secretos repliegues en su corazón que sabe guardar muy cerrados, cuando le conviene. Nosotros creemos que quien mejor las conoce es una de su sexo y de su clase. El estudio y, el sentimiento

personal las lleva al conocimiento de sus hermanas en la vida. Para muchos detalles de la ,Obra de la Alianza nadie mayor autoridad que las Directoras y los miembros (bien formados se entiende) de los Consejos respectivos.

Nosotros los Sacerdotes somos sus maestros, sus pastores, sus directores; damos doctrina y hacemos sus aplicaciones en general; pero el estudio personal e individual de cada hermanita, a la luz de lo que nosotros enseñamos, hacen ellas mejor, no nos quepa duda.

Más fácilmente se nos engaña a nosotros que a ellas mismas, que son del mismo paño y de la misma cantera.

Convencidos de esto, damos a todos nuestros Hermanos este último consejo, que vale por muchos:

No entréis demasiado en dirimir ciertos asuntos, que atañen directamente a lo que es íntimo y en los modos y maneras femeninas. Las Directoras son ahí las que tienen su gran campo,. y, como tales, tienen también sus atribuciones. Respetemos su actuación.

Hagamos con ellas de maestros, de abogados, de pastores, de guías y de directores; pero dejemos que ellas apliquen nuestra doctrina a las hermanitas en particular, a la medida y necesidad que ellas vean; acertarán mejor que nosotros. Fuera de ciertos casos de nuestra incumbencia y jurisdicción directa, no actuemos en todo y por todo con ellas; antes bien, una vez dado nuestro fallo, dejemos obrar a los miembros del Consejo respectivo, evitando discusiones prolijas que a nada conducen y nos rebajan.

No nos hagamos los indispensables para todo, hasta en las más insignificantes resoluciones de ellas y que a nosotros, los sacerdotes, no nos vienen bien, ni nos convienen.

No *atemos* demasiado a las hermanitas; dejémoslas que anden por su pie y por su cabeza, que ya son mayores de edad —nos

referimos principalmente a los miembros de los Consejos—. Que las mueva su propia conciencia y su propia responsabilidad.

Sin embargo, no las dejemos solas en todo. Que nada hagan sin que sepamos lo que hacen; dejemos obrar, pero veamos lo que obran; dejemos que anden, pero veamos sus pasos. En casos necesarios avisémosles a tiempo, y; si es preciso, parémosles los pies.

ÍNDICE

Pág.

¡Que aproveche! 3

CAPÍTULO I.— Lo que abarca la Alianza

I.	El triunfo de la Pureza	5
II.	Las Vírgenes de la Parroquia.	7
III.	Vírgenes—Consagradas—Seglares	9
IV.	Aspirando a la perfección	10
V.	Perfección seglar	11
VI.	Escuela de Sacrificio	13
VII.	El Evangelio vivido	14
VIII.	Levadura dentro de la masa cristiana	17
IX.	Apostolado viviente	19
X.	El triunfo del Amor	21

CAPITULO II.— Misión Sacerdotal en pro de la Alianza

I.	Lo que es y lo que debe ser	23
II.	Sacerdote apóstol	24
III.	Amor y celo	26
IV.	Pero... ¿quiénes son ELLOS?	29
V.	Perfectamente unidos	31
VI.	Viven el espíritu de la Obra	32
VII.	Seamos perfectos aliados	34
VIII.	Conocimiento de la Alianza	35
IX.	Rogad por ella	37
X.	En su apoyo y defensa	39
XI.	Propagadores de la Alianza	41
XII.	Preparación del Sacerdote.	43

CAPÍTULO III.— Misión Sacerdotal en pro de la Alianza

I.	Delicadamente interesante	46
II.	Fuera de la Obra	47
III.	Diferencia de poblaciones	49
IV.	Confesión y dirección espiritual	52
V.	Correspondencia y boletines	54
VI.	En las Casas de la Alianza	57
VII.	Lo que hemos de evitar	59
VIII.	Lo nuestro, no más	61

